

PRECIO: \$ 1.50

REVISTA

DE
ARTES Y LETRAS



Año II.—N.º 3.

1.º de Mayo de 1918.

CONSTITUCIÓN

Apuntes del natural, por Isaías Cabezón

Ediciones de ARTES Y LETRAS

ALGO SOBRE LOS TONTOS FAMILIARES

Algún escritor ha señalado—creo que ha sido Jacinto Benavente—cómo los tontos se encargan de hacer el daño que dejan de consumir los malos en la tierra.

Y es exacta la afirmación del escritor: el malvado ejecuta las fechorías con determinados propósitos de propia utilidad o de placer; el tonto causa el perjuicio ajeno sin beneficio alguno para él, hace el mal «de puro tonto»....

El vicio de la psicología a que rindo culto como hombre de mi época, me ha hecho aficionarme a estudiar a los imbéciles con esmero y a clasificarlos en especies, pero no tema el lector que le presente una memoria completa sobre los tontos del país. Sólo me permitiré señalarle, a vuela pluma, algunos casos familiares.

¿Quién no conoce, por vía de ejemplo, al tonto-grave que descubre «irregularidades», con tono catoniano, en todas partes, como si un gran encanto de la vida no consistiera justamente en su irregularidad constante y misteriosa; quien no conoce al peligroso tonto-pillo, incansable proponente de combinaciones comerciales, al tonto literario, el de las citas y recitados a destajo, o al tonto preguntón?

A cada paso encontramos ejemplares variadisimos de tontos en la sociedad y en la política, en los negocios y en las letras, de tontos ufanos que pretenden regir los destinos patrios en la Moneda y el Congreso o informar la opinión pública desde las

columnas de los diarios, y en mil ocasiones hemos reconocido cuan atinada y habilosa es la bizarra observación de Benavente.

¡Cuántas veces se tiene la oportunidad de ver aproximarse a una mesa de agradables charladores del Club al tonto-contradictor, aquel que no encontrando qué decir de su caletre, impugna todo lo que expresan los otros para no quedarse sin emitir una opinión! Si un circunstante apunta: «Hace calor», el tonto-contradictor observa: «Pero en el Brasil hace mucho más» y así, con agudas refutaciones por el estilo, hace la conversación insoportable para los individuos dotados de amplitud.

¡Y cuántas otras hemos maldecido al tonto inquieto y apurón cuando interrumpe momentos verdaderamente gratos de la existencia manifestando que es hora de partir, por no ocurrírsele otra cosa en qué demostrar iniciativa! Por cierto que en un grupo de personas que lo están pasando bien, es siempre la más tonta la que insinúa poner término a la tertulia entretenida, la que propone de improviso: ¿Vámonos?

¡Qué decir del tonto-orador, del que se trepa pausadamente a la tribuna en las ocasiones de mayor solemnidad (en las fiestas de Maipo, pongo por caso) y con escuela de academia de colegio religioso, pronuncia un discurso ramplón e inoportuno, de esos que hacen salir los colores a la cara a los oyentes, aunque no tengan parentesco ni remoto con el autor del atentado contra los fueros de la oratoria y del buen gusto!

Para armar chismes y enredos, no hay nadie tan competente como el tonto-repetidor que abunda tanto. Entiende las cosas mal y las transmite peor. Es una de las variedades bien dañinas de la familia de la imbecilidad y numerosa como la de las moscas en el mundo de los dípteros.

No hay, en buena cuenta, muchas calamidades mayores que la muy tremenda de los tontos. Francamente, no las hay!

Dice una narración fantástica española que un hábil literato y gran vividor,—un Jacinto Benavente—condenado a las penas del infierno y conducido a su fatal destino, no volvía de su asombro al encontrarse en un paraje encantador habitado por

las mujeres más célebres y hermosas de la historia y por los genios e intelectualidades sobresalientes de la humanidad. Y que al interrogar al primer diablo que encontró a su paso en ese paraíso de la belleza femenina y del talento humano sobre la disconformidad que se le revelaba entre la noción del Infierno que en la tierra se enseña y el cuadro maravilloso que aparecía ante sus ojos deslumbrados, el secuaz de Lucifer le contestó: «¡Bah! El Infierno es el que veis. Si echamos a correr datos terribles sobre sus tormentos allá abajo, es para que lo crean los tontos e impedir así que vengan a malograr nuestra vida helénica y dichosa de que vais a disfrutar».

La irónica filosofía del cuento tiene gracia.

Es, en verdad, obra de verdadera selección eliminar a los tontos de cualquier paraje del reino del Señor.

La inmunidad bienaventurada que concedió Jesús a los tontos bíblicos no se refería, sin duda, a los tontos de hoy, al tonto-personaje, ni al tonto-pillo, ni al tonto-enredador.

JUAN DUVAL.